

por el razonamiento, se resuelve por el corazón, amigo mío: se ama, se llora, se confía en el amor y en las lágrimas. Entonces todo hombre toma á su pesar la superstición de su cariño. Si no siente nada, no cree nada; si siente todo, todo lo cree. Yo estaba anonadado por la visión de inmortalidad en que veía á mi hermana, como si hubiese formado parte de aquellos rayos de luz; le hablaba como si ella me hubiera respondido en el eco de mis respiración, en aquel vacío de mármoles sonoros. ¿Cuántas horas ó minutos se pasaron así? No lo sé. Creo que allí estaría aún si no hubiera sido por lo que voy á decirte.

»(Pero, ¡gran Dios! no he comenzado y hé aquí un volumen. ¿Qué vas á pensar de mi locuacidad? Piensa lo que quieras, es preciso que vuelva á trazar para mí, si no para ti, aquella hora, alrededor de la que, desde

hoy, y para siempre, van á gravitar todas las horas que me restan de vida.)

»Oí un ligero rechinar de goznes en la puerta; creí fuese el viento del «Ave María» que se eleva al sol poniente y que hace batir las maderas de los balcones en la soledad de las calles de Roma; no me volví. Escuché un rozamiento de tela contra el muro, creí eran los pliegues de una de las cortinas de las ventanas que barrían los vidrios; no levanté la cabeza. Escuché unos piés ligeros, pero lentos y marcados, que parecían adelantarse titubeando hacia el banco de madera cuya tabla superior, la en que se junta las manos, escondía sin duda á la persona que venía á rezar, mi cabeza inclinada más en la balaustrada del coro. Pasé mis dedos sobre mis ojos para hacer volver á entrar mis lágrimas, aparté mis cabellos que cubrían la frente y me levanté volviendo mi

rostro hacia la puerta del lado que yo había creído oír los pasos.

»¡Ah! amigo mío, no fué más que un relámpago, una visión, una alucinación, todo lo que tú quieras; pero viviré mil y mil años, y tendré el pincel de Rafael, el cincel de Canova, el teclado de Rossini, la pluma de Petrarca, y escribiré, cantaré, pintaré, esculpiré mi pensamiento durante millares de horas, pero no ensayaré nunca á igualar lo que vi en aquel rayo de luz!

»Una joven de cerca de diez y seis años, toda vestida de negro, como un ciprés que sale de un pavimento de mármol, hermosa, flexible, impetuosa sobre su base, con los hombros transparentes á través de una red de sombríos encajes, los brazos redondeados, el talle ondulante y semilleno, haciendo brillar la envoltura de seda que se ceñía á las líneas de su cuerpo, como el tejido de yedra

desgarrado aquí y allá por la blancura del mármol que se pega á las rodillas y caderas de una estatua, en el jardin Pamphili, la cabeza un poco inclinada, las manos juntas con sus dedos entrelazados sobre sus rodillas alrededor de uno de esos gruesos ramilletes de todos matices que las campesinas de Albano vienen á vender á Roma y que tejen en mosaico de flores; unos cabellos atados en dos ó tres abultadas trenzas á su cabeza por dos largos alfileres parecidos á unos estiletes con mangos de perlas. Estos cabellos rubios, heridos por el sol, resaltaban á los ojos en verdaderos deslumbramientos metálicos de haces de oro. En cuanto al rostro, no ensayo; borraría tantas palabras como escribiera para pintar lo inexplicable; por otra parte había alrededor de todos los rasgos, de todas las líneas, de todos los tines de la piel, de todas las expresiones de su

rostro, una atmósfera y como un resaltamiento de alma, de juventud, de vida, de esplendor tal, que no se veían aquellos rasgos, ó no se les veía más que á través de un deslumbramiento, como no se ve el hierro rojo más que á través de su vapor igneado en la hornilla. Aquel rostro cruzado de parte á parte por la luz, tan límpida estaba la encarnación en él, se confundía tan completamente con los rayos de aquella por la transparencia y el color blanco y rosa de la frente y las mejillas, que no se podía decir lo que era del sol y lo que era de la mujer: ¡dónde comenzaba, dónde concluía el rayo del cielo y la criatura celeste! Era, si tú quieres, una encarnación de la luz, una transfiguración de los rayos del sol en rostro de mujer, una sombra de rostro entrevista en el fondo de un arco iris de fuego! Pero, ¡bah! borra todo esto, ó no lo leas; ¡es, qui-

zás, lo que tú has soñado en la hora más amorosa de tus inspiraciones para fundir de una mirada un corazón insensible en un corazón de hombre! ¡Lo que no has podido decir nunca; lo que Rafael ha entrevisto en sus últimas pinceladas, cuando venía á ser más hombre y menos místico; un rostro entre la Virgen y la Fornarina, divino por la belleza, femenino por el amor! ¡con aquellos ojos que, si os miraran siempre, atraerían vuestra alma á vuestros labios y la consumirían en un relámpago! Borra todavía; no es esto, que el relámpago destruye, y ese rostro arrebatada y atrae. No es el rayo, no, es todavía la evaporación instantánea del alma hacia la divinidad del atractivo... ¡Ten! rompo mi pluma, maldigo las palabras; ¡no es nada de esto! es todo esto, y después todavía, sin embargo, de lo que acabo de decir, ¡es ella! Haz como si no hubiera dicho nada.

»Tuve el tiempo (si el tiempo existe ante semejante aparición, y creo que no), pero en fin, tuve lo que se dice el tiempo de mirar con todos mis ojos exteriores é interiores la arrebatadora figura que se adelantaba negligentemente, con los brazos colgantes, la vista fija en el pavimento de la capilla. Las estatuas de piedra que había en los nichos detrás del altar no estaban tan petrificadas como yo. No creo que mi respiración levantase una sola vez mi seno desde que mi mirada estaba fija en ella. Hubiera deseado avanzarse siempre, y no llegara nunca. Me parecía que llevaba mi vida, y que el primer grito, la primera acción, harían desaparecer todo y quebrantarla en su huída!

»Ora estuviese absorta en su pensamiento, ora el rayo de sol que caía á plomo de la cúpula del claustro, y que resaltaba en el oro y en el mármol del altar, deslumbrase sus

ojos, aún no me veía, si bien no estaba más que á seis pasos de mí. Sin levantar la cabeza, llegado que hubo al borde de la piedra de la tumba de mi hermana, se arrodilló. Colocó suavemente el grueso ramillete que llevaba sobre el mármol, como si hubiera temido que el ruido de aquellas hojas de flores puestas en un ataúd despertase á la muerta adormecida. Después quedó un momento inmóvil y en silencio, mirando á la piedra y moviendo ligeramente sus labios, donde creí sorprender el nombre de nuestra querida Clotilde.

»No puedo decirte lo que pasó en mí, no acertando adivinar qué parentesco fúnebre existía entre aquella alma revestida de un cuerpo celeste y la mía, y pensando que, antes de vernos, un sentimiento común nos unía en el culto de mi hermana. ¿Será esta, me dije, aquella Regina de la cual Clotilde

—»¡Oh Clotilde, es él, porque este eres tú!—dijo.

»Después, con una volubilidad infantil y balbuciante:

—»¿No es verdad, caballero, que sois él? Pues bien, yo soy ella, ¡soy Regina! ¡Soy su amiga, su hermana, su hija en la tierra! ¡Vedlo, vivo todavía de ella, con ella y para ella! ¡Cuando cojo dos flores, tomo una para mis cabellos y otra para su tumba! ¿Es que no me conocéis como yo os he conocido en seguida? Pero no me habéis asustado: ¡oh! no; ¡su fantasma no me espantaría! ¡Me siento tan tranquila ahora y tan acostumbrada á V. como si fuera mi hermano y yo vuestra hermana.

—»¡Oh! ¡qué nombre, señorita—exclamé,—permitidme dároslos también! Hermano, hermana, amigo!

—»¡Llamadme Regina, por favor,—me

dijo juntando sus dos manos como para suplicarme,—creeré mejor que es Clotilde. ¡Ella no me llamaba señorita! ¡Yo, no os diré ya caballero; os llamaré «Salustio»!

—»¡Oh! Regina—le dije sentándola en uno de los bancos del claustro y cayendo á mi vez de rodillas ante ella;—qué, ¿sois vos? ¿Sois vos quien me aguardaba en el sitio de mi hermana?

—»¡Oh! yo no os aguardaba, os invocaba, repuso tomándome las manos con esa confianza sencilla de un niño que no titubea nunca entre la decencia y un primer movimiento; ¡sí, no lo sabíais, pero ella lo sabe! (Mostrando con un dedo la piedra fúnebre). ¡Os invocaba todos los días, allí, en aquella piedra! Decía á Clotilde: Si quieres que viva, ¡envíame tu imagen y tu corazón en la imagen y corazón de ese hermano á quien tú tanto amabas! ¡Que tanto se te parecía! Y

me respondía,—añadió con un gesto de afirmación sobrehumana.—Sí. Ella á su vez me repuso: ¡Algo me dijo que resucitaría para mí en V., y que de su tumba, como habéis salido, saldrían su imagen y su amistad para mí, bajo las facciones y el nombre de su querido Salustio!... ¿Es esto verdad? ¿Me engañaba prometiéndomelo? ¿Seréis un amigo como ella para mí?

—»¡Oh! ¡ahora es cuando yo creo en el milagro, Regina!—exclamé.—Un amigo, un hermano, un...

—«¡Calláos! me dijo poniendo un dedo sobre sus labios y cubriendo su radiante fisonomía con un velo que pareció extender todas sus facciones. ¡Estoy casada!... Soy princesa \*\*\*. Lo dicen al menos en Roma, pero mi corazón no. Después de Clotilde, nadie le ha poseído; ¡lo he guardado para mí, vedlo, para dárselo á aquél que ella so-

lamente quería! Ella es quien os ha hecho venir últimamente, ¿no es esto?

»¡En fin, mil cosas vivas, sin intención, infantiles, aturcidas, espontáneas, inesperadas, embriagantes, que una joven de tu lado de los Alpes no diría en diez meses, aunque lo pensara! ¡Yo era quien estaba sobrecogido! ¡Ella era quien me aseguraba su confianza, quien me suplicaba, quien me familiarizaba con ella misma, como si hubiera sido sencillamente una hermana vuelta á hallar, una hermana de más edad que ella, y ante la cual hubiera tenido á la vez los entusiasmos del cariño y las puerilidades de la infancia!

»Y todo esto salía de una mirada donde el cielo resplandecía en un rocío de lágrimas de gozo; de un corazón que veía palpitar bajo su ligero vestido de seda, y cuyos latidos hubieran contado, sin que yo lo sintiese,

las horas de la eternidad! ¡Oh! ¡me paro! No puedo escribir más; no puedo más que abrir mi ventana, elevar los ojos hacia las estrellas de donde mi hermana me ha enviado este divino rayo de luz sobre mi vida, y mirar correr el Tíber, que no ha llevado nunca semejante deslumbramiento de los ojos de un mortal en el brillo de sus olas! Te diré otra vez lo que respondí.

»P. S. Basta que sepas que aquella conversación en el jardín del claustro, con los ojos sobre la tumba de su amiga y mi hermana, en aquel silencio lumínico del mediodía, duró sin ser interrumpida hasta el «Ave María;» que su nodriza, que la buscaba en vano por los jardines, vino al fin á encontrarla sentada junto á mí en el banco; que me llevó saltando hacia aquella mujer que la adora, arrojándome en sus brazos, dando palmadas y gritándola: «¡Es él!»; que me presentó á

su abuela enferma, por quien fuí acogido como un hijo; que me llevó á la celda de mi pobre hermana, que es hoy la suya, toda tapizada de recuerdos; que se arrojó de rodillas ante un retrato de Clotilde suspendido al pié de su lecho, y que le dijo viéndola: «No tengo ya necesidad de ti, tengo tu imagen viva. ¡Héla ahí! ¡Allí vivo! ¡míranos! ¡Vamos á amarnos como otras veces en tu nombre!

»Que, en fin, me contó, con lágrimas de despecho y aire de incredulidad, su matrimonio, que no parecía alarmarla seriamente para lo porvenir, que pasé la tarde entre la abuela, la nodriza y ella, en el jardín del convento y en la terraza hablando de Clotilde; que la puerta de dicho convento me será abierta todos los días para ir libremente á hablar de mi hermana; que formo parte de la familia, ¡como si su querida Clotilde hubie-